

La familia Rivers.

Concluida la comida, y como aun quedaran dos horas de dia, no quisieron ir á Santa Menehould por la carretera, sino ir en peregrinacion á Valmy.

Llegarian un poco más tarde; importaba poco. Habian comido bien, el cansancio habia desaparecido, y cada voluntario admiraba aquel sargento que se cuidaba de las necesidades del cuerpo y que con sus recuerdos alimentaba el corazon y la inteligencia.

Le hubieran seguido al fin del mundo y se hubiesen hecho matar por él.

Y él, á pesar de su impaciencia por reunirse con el alma de su vida, con la estrella de su corazon, que se llamaba Eva, cumplia con paciencia la obligacion contraida para llegar á la frontera poco á poco.

Todavía caminaba por el suelo patrio, que abandonaria dentro de tres ó cuatro dias, tal vez para no volver jamás.

Algunas veces tenia intencion de arrojarse á tierra y besar aquella madre que besaba Bruto hace dos mil seiscientos años, como madre de las madres.

Todo le parecia bello, precioso. Se detenia para coger una flor, para oír cantar á un pájaro, para ver correr un arroyuelo, y para todo tenia un suspiro.

Pagó la cuenta al hostelero, y tomó un sendero entre un campo de cebada y centeno que conducia á Valmy, y por el cual solo caminaban uno á uno.

Los habitantes del pueblo les vieron llegar y creyeron, como sucedia con frecuencia, que los enviaban para que se alojaran.

Salieron á su encuentro.

Pero cuando supieron que los llevaba solo la curiosidad, cada cual se apoderó de un voluntario para servirle de *cicerone*.

Jacobo Merey se sentó en el banco que estaba á la puerta del molino, y cuando uno de los criados del molinero le ofreció narrarle la batalla, le dijo:

—Es inútil, amigo mio; estaba yo en ella.

—¿De los de *aquí*? preguntó.

—No, de los de *allá*; contestó sonriendo Jacobo y señalando al campamento de Dumuriez.

Emprendieron de nuevo el camino por otro sendero que bajaba á Santa Menehould, en donde el 23 de Junio de 1791 fué muerto Dampierre.

Cosa extraña, aunque natural en las guerras civiles; el tio moria en la bajada de Santa Menehould gritando ¡Viva el rey! y el sobrino sucumbia en el bosque de Vicoigne gritando ¡Viva la república!

Llegaron de noche á Santa Menehould; los voluntarios recibieron del Ayuntamiento boletas de alojamiento y Jacobo prefirió dormir en la posada.

Antes de separarse de sus compañeros propuso Jacobo hacer al dia siguiente una gran marcha, una marcha de nueve leguas, para ir á dormir á Verdun.

Almorzarian en Clermont, y como algunos voluntarios tal vez tendrian miedo de hacer una marcha tan larga, Jacobo pensó en llevar una carreta con bastante paja, en la que pondrian los sacos, los fusiles y los cojos.

Tomando estas precauciones llegarian á Verdun á las ocho.

El sargento improvisado temia le reconocieran en Verdun; deseaba llegar de noche y salir antes que fuera de dia.

Almorzarian y harian alto algun tiempo bajo los hermosos árboles que están á orilla del Aire.

Entre tanto comerian un pedazo de pan y beberian un trago en las *Isletas*, risueño pueblecito situado en el centro de la Argonne.

Salieron con la aurora de Santa Menehould y llegaron á la cima de la montaña, detrás de la cual se oculta la selva, á esa hora deliciosa en que flota por cima de los árboles una nube azul y transparente. De repente parece que la tierra huye bajo los piés y la vista se recrea en un Océano de follaje. El camino pasa entre ese Océano y las olas de follaje se cruzan algunas veces por encima de la cabeza del viajero.

Los fuertes de Dillon estaban aun intactos, como si acabaran de quitar los cañones.

Se sabe que Dillon se sostuvo hasta lo último y que Dumuriez se replegó hácia él.

El alto fué alegre. Las marchas en un principio, en que todos estan descansados y dispuestos, siempre son gozosas.

Pasó el día segun el programa; se almorzó á orillas del Aire, descansaron, jugaron á los naipes y durmieron cuatro ó cinco horas sobre el césped.

A las ocho entraban en Verdun.

Verdun pagaba caro su debilidad. Todos los que habian tomado parte en la traicion de la ciudad habian sido presos. Se instruía la causa de las jóvenes que habian presentado flores y dulces al rey de Prusia.

El resto del camino ofrecia poco interés. La marcha de los prusianos al entrar en Francia no habia encontrado obstáculo sino más allá de la Argonne.

Durmieron en Briey y despues llegaron á Thionville.

No les faltaba más que una etapa para llegar al punto que les estaba designado.

Jacobo Merey citó á sus compañeros para el día siguiente en Sarre-Louis, anunciándoles que iba á hacer una visita á uno de sus parientes que habitaba en un pueblecillo de las cercanías.

Antes de separarse de los voluntarios, el honrado Leon Milcent, que tan paternalmente habia velado por ellos, se cuidó de lo que necesitarian antes de su regreso.

Unos cien francos en papel asegurarían la manutencion de los más necesitados hasta que les pagaran el atraso en Sarre-Louis.

La Convencion señalaba la suma enorme de siete reales y medio por día á cada voluntario.

Los del sargento Milcent se separaron de él, dándole repetidas gracias por el interés que habia tomado por ellos, ofreciéndole festejar su llegada á Sarre-Louis.

Pero inútilmente le aguardaron al día siguiente ni al otro; y no sabiendo á dónde habia ido, no pudieron hacer investigaciones.

Sin embargo, continuaban aguardándole; pero pasó una semana, quince días y un mes sin recibir noticias, y pasó tiempo sin que volvieran á oír hablar de él.

¿Qué le habia sucedido?

Jacobo Merey, que ya nada tenia que temer, tomó un carruaje en Thionville, y por un *assignat* de seis libras ofrecieron conducirle á la granja de las Tres-Encinas, una de las más bellas de la orilla derecha del Mosella y situada á legua y media de la frontera.

A las diez Jacobo Merey, con su uniforme de voluntarios bajó del carruaje en la puerta de la granja, y á la sombra de las tres encinas que la habian dado el nombre, pagó y despidió al carruaje como aquel que está seguro de ser bien recibido.

Despues miró con curiosidad el edificio, como deseando recordar el pasado.

Un perro se dirigió hácia él ladrando, pero extendió la mano y el animal se calló.

A los ladridos del perro salió un hermoso niño, rubio como un rayo de sol.

—Cuidado, caballero, dijo; Thor es malo.

—Pero no conmigo; ¿ves?

Y haciendo una seña al perro, este se acercó y le lamió las manos.

—¿Quién eres tú? preguntó el niño.

—A tí no hay necesidad de preguntarte quién eres. Tú serás nieto de Hans Rivers.

—Sí, señor.

—¿A dónde está tu abuelo?

—En el cortijo.

—Condúceme.

—Venid.

Jacobo tomó la mano del niño y se adelantó hasta la gradería exterior, en donde apareció un anciano de sesenta años.

—Abuelo, dijo el niño corriendo hácia él; aquí hay un caballero que os conoce.

El anciano se quitó el gorro de lana, saludó con la mano y trató de recordar.

—Caballero, dijo Jacobo; tendría yo la edad de este niño cuando vine por primera y única vez. Acompañaba á mi padre, Daniel Merey.

Entonces se hizo la escritura de arriendo de este cortijo, que yo he renovado hace tres años.

—¡Dios me bendiga! ¿Sois nuestro amo, Jacobo Merey?

Jacobo sonrió.

—No soy amo de nadie, dijo; porque el hombre no tiene más dueño que sí mismo. Soy solo el propietario de la granja.

—¡Juana, María, Thibaud, venid corriendo! exclamó el anciano; hoy es un día feliz para nosotros. Venid, venid.

Y los que él llamaba fueron llegando.

—Mirad á este caballero, miradle todos; añadió extendiendo la mano hácia los que le rodeaban, y además sobre dos criados, un pastor y una muchacha que guardaba pavos; á él le debemos todo; es nuestro bienhechor, Jacobo Merey.

Todos lanzaron un grito y se descubrieron la cabeza.

—Entrad en vuestra casa, dijo el anciano; desde el momento en que entráis en ella, todos somos vuestros servidores.

Jacobo entró.

—Buscad á Bernard y á Rosina en el establo... Hoy es fiesta; que no trabajen.

Bernard y Rosina eran el hijo mayor y la nuera, los padres del niño rubio.

Una hora despues todos estaban reunidos en la mesa: eran las doce, hora de la comida.

Hans era el abuelo, Juana la abuela, Bernard el hijo mayor, Ro-

sina su mujer, Thibaud el hijo segundo, de edad de veintidos años; María, una hija de diez y ocho, y Ricardo, el niño de diez años, hijo de Bernard y Rosina; tal era toda la familia.

El abuelo había cedido su sillón á Jacobo, quien presidía la mesa.

Llegaron á los postres.

—Hans Rivers, dijo Merey, ¿cuánto tiempo hace que sois arrendatario en nuestra familia?

—Hace... aguardad; fué entre el nacimiento de Thibaud y de María... Hace veintiun años.

—¿Cuántos años habeis pagado?

—Mientras vivió vuestro padre; quince años.

—¿De modo que me debeis siete?

—Es cierto; ha sido por orden vuestra, señor Jacobo.

—Yo os dije: Sois personas honradas; guardad lo devengado y comprad bienes; cuanto más ricos seais, más lo seré yo.

—Eso habeis dicho, palabra por palabra, y ha sido la base de nuestra fortuna.

—Y cuando han puesto en venta los bienes de los emigrados, es decir, de los que se baten contra la Francia, os he dicho: Debeis tener economías vuestras ó mias; lo mismo da. Comprad bienes, que se venderán á doscientos ó trescientos francos la fanega de tierra (1) y que valdrá seis ú ocho.

—Lo hemos hecho así, señor Jacobo, de modo que hoy tenemos trescientas fanegas nuestras.

Esto nos hace casi tan ricos como nuestro amo; verdad es que debemos con los intereses cerca de cuarenta mil francos. Pero estamos prontos á entregaros esa cantidad, no en papel, sino en buena moneda.

—No se trata de eso, amigos míos; no necesito ahora ese dinero, pero tal vez lo necesite más tarde.

—Sabeis que en cuanto lo deseéis lo decís, y ocho días despues, palabra de Hans Rivers, lo tendreis.

Jacobo se sonrió.

(1) La fanega de tierra en Francia equivale á media de Toledo.

—Teneis un medio de pagarme más rápido, y es denunciarme. Estoy proscripto; me cortarían la cabeza y ya no debiais nada.

El padre, la madre y los hijos lanzaron un grito y se levantaron. Hans levantó las manos al cielo.

—Estais proscripto vos, el derecho, la justicia y la bondad misma; ¿pues qué quieren?

—Quieren el bien, por lo ménos lo creen así. De modo que teniendo que salir de Francia, y temiendo ser preso en la frontera, he pensado en vos, Hans Rivers.

—¡Ah! habeis hecho bien, señor Jacobo.

—Tengo, añadió Merey, un cortijo á dos kilómetros de la frontera, que era de mi padre y que está situado á orillas del Mosella; ¿sois cazador?

—Ya no; pero lo son mis dos hijos, Bernard y Thibaud.

—Es lo mismo; ¿deben de tener su barca en el rio?

—Sí; y muy bonita, dijo Thibaud; soy yo quien cuida de ella. Ya la vereis.

—Pues bien; me pondré un traje de vuestro padre ó vuestro, y entramos en la barca como cazadores de aves acuáticas; en las orillas se caza siempre; dejamos ir la barca hasta Treves, y ya allí estoy fuera de Francia; estoy en salvo.

—Cuando os plazca; ahora mismo si quereis, dijo el anciano Hans.

—No; mañana, amigo mio; podriais creer que temia pasar la noche bajo vuestro techo.

Al día siguiente, á la madrugada, tres hombres, vestidos de cazadores y acompañados por tres perros nadadores, desataban una barca amarrada con una cadena á un sáuce.

Entraron en la barca, y dos fueron á ponerse al timon, pero el tercero sonrió tristemente y les dijo:

—Dejadla; demasiado pronto irá.

Eran los dos hijos de Hans y Jacobo Merey, quien les habia indicado le avisaran exactamente en dónde concluía la frontera francesa. Al cabo de un cuarto de hora de navegacion le enseñaron un poste; era la frontera.

Por un lado el Luxemburgo, por el otro el Palatinado; más acá del poste la patria, más allá la tierra extranjera.

La barca se detuvo al pié del poste. Jacobo Merey deseaba poner otra vez el pié en el sagrado suelo de Francia.

Rodeó con sus brazos el poste, como si aquel pedazo de madera fuera un hombre, un compatriota, un hermano, y apoyó su cabeza sobre él como sobre el hombro de un amigo.

Su dolor era doble; dejar Francia y dejarla en aquel estado.

Un ejército entero, casi prisionero, sitiado en Maguncia. El enemigo en Valenciennes, última barrera; el ejército del Mediodía en retirada; el español desbordando en Francia y Saboya; nuestra hija adoptiva tornándose contra nosotros impulsada por los sacerdotes; nuestro ejército de los Alpes hambriento; Lyon sublevada y arrojando metralla sobre los diputados de la Convencion; los vendeanos victoriosos en Fontenay y dispuestos á marchar contra Paris.

Nunca una nacion estuvo tan próxima al precipicio. Ni Atenas arrojándose al mar para salvarse de Jerjes y llegando á nado á Salamina.

Jacobo Merey, por más que fuese materialista, comprendia que los acontecimientos que se sucedian sobre la tierra debian obedecer á un poder misterioso, oculto en las profundidades de la eternidad y que sin duda tenian un objeto humanitario é inteligente.

Merey levantó los ojos al cielo y murmuró:

—Tú, Jesús, Urames, Jehová, Dios, creador del mundo invisible y desconocido, esencia celeste ó materia inmortal, no creo que el hombre individualmente tenga derecho á una sola de tus miradas, pero creo que cubres al género humano con tu proteccion poderosa, y que lo mismo que las ondas obedecen al viento, así los grandes acontecimientos de los pueblos obedecen á tu poder. El hombre, creado de un modo ó de otro, proviene de tí, y si lo creaste pobre y desnudo, fué para darle el mérito y la experiencia de crear á su vez, primero la familia, despues la tribu, luego la sociedad.

Constituida esta, quedaba enriquecerla por el trabajo é iluminarla con la inteligencia. Hace seis mil años que cada cual coopera á

esto segun sus fuerzas y segun su talento. Ahora bien; ¿cuál es el resultado de esos esfuerzos? La felicidad posible, esparcida entre un gran número de individuos.

¿Quién ha hecho más para llevar á cabo esta obra inmensa, las monarquías que se se han sucedido desde hace mil años, desde la feudal de Hugo Capeto hasta la monarquía constitucional de Luis XVI, ó los cinco años de revolucion que acaban de pasar? ¿Quién ha dado iguales derechos á los hombres? ¿Quién les ha dado el pan de la inteligencia por la educacion y el pan corporal con la reparticion de tierras? Nuestra santa revolucion, nuestra amada república.

La Francia es tú elegida ¡Dios mio! tú la has escogido como víctima, puede decirse, y ofrecido al género humano como ejemplo. Pues que su sangre sea derramada, y la mia primero. Que sea el Cristo de las naciones, como Jesús fué el Cristo de los hombres, y que estas tres palabras, *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, pronunciadas por él y adoptadas por él, se tornen en el sol luminoso del porvenir.

¡Adios, patria! ¡Adios, patria! ¡Adios, patria! Y ahora, añadió Jacobo Merey cayendo en la barca más bien que bajando, desembarcad donde querais; todo me es indiferente puesto que no es en Francia.

XXXIX.

Demasiado tarde.

Los dos hermanos Rivers desembarcaron á Jacobo como á un kilómetro, poco más ó menos, de Treves.

Jacobo les abrazó tiernamente; eran dos brazos de la Francia que le depositaban en suelo extranjero.

Jacobo, de pié, apoyado en el fusil, los miró alejarse tristemente, y despues, al volver el recodo del Mosella, le saludaron con los remos y con el sombrero; la barca desapareció.

Merey se puso el sombrero, saludó con un último adios, echó el fusil al hombro y siguió con la cabeza baja el camino trazado á orillas del Mosella y que conduce á Treves.

El doctor hablaba aleman perfectamente; llevaba suspendidos de su saco de caza algunos pajarillos que los hijos de Rivers le habian dado, de modo que no le hicieron ninguna pregunta.

En las puertas creyeron que era un habitante de la poblacion que volvia de un paseo.

Pero una vez que pasó la puerta, preguntó las señas del burgomaestre.

Quando estuvo en casa del magistrado se nombró; se sabia la catástrofe del 31 de Mayo; sin haber tenido tiempo de hacerse célebre, era sin embargo conocido el nombre de Jacobo Merey. El burgomaestre se inclinó como todo hombre de corazon se inclina ante un proscrito.

En todos los paises del mundo civilizado, y en honor de la huma-